

America is back

Carlos LARRÍNAGA
Historiador y politólogo

Frente al “America first”, lema de campaña de Donald Trump en las presidenciales de 2016, Joe Biden, tras triunfar el pasado noviembre, se inclinó por esta frase, es decir, por la vuelta de Estados Unidos a la escena internacional, dando a entender que Washington regresaba a ese multilateralismo que el anterior inquilino de la Casa Blanca había despreciado. Y desde el 20 de enero se viene empeñando en esa labor. Ahí están, por ejemplo, su retorno a la OMS, la prórroga por cinco años del tratado de reducción y limitación de armas nucleares Nuevo START (suscrito en 2010 entre EEUU y Rusia y en peligro con Trump) o, quizás lo que ha llamado más la atención, el retorno al acuerdo del clima de París, habiéndose anunciado incluso una cumbre mundial para la próxima primavera en suelo estadounidense, acontecimiento inaudito con su predecesor. Son, evidentemente, los primeros pasos de una Administración que busca a todas luces distanciarse de su predecesora y que aspira a abordar problemas complejos mediante el consenso con el resto de potencias. Pese a las discrepancias que, casi seguro, van a surgir en los próximos años con países como China (en asuntos comerciales, tecnológicas y militares) o Rusia (en materia estratégica y militar), si nos atenemos al pasado cercano.

Mientras en esas cuestiones mencionadas las cosas parecen estar bastante claras, no lo están tanto en otras, donde la herencia recibida de Donald Trump está envenenada. Y no sólo por lo hecho durante sus años de gobierno, sino también por lo realizado en los últimos meses, o sea, en el tiempo transcurrido entre las votaciones y el acceso al poder de Biden, tiempo en el que normalmente el presidente saliente no suele tomar medidas de envergadura. Así, uno de los aspectos en los que el nuevo mandatario tendrá que emplearse a fondo será el del pacto nuclear de 2015, auspiciado por Obama siendo él vicepresidente. Trump decidió abandonarlo unilateralmente en 2018, desoyendo los informes favorables de los inspectores de la Agencia de Energía Atómica respecto de su cumplimiento. Sin duda, ésta era una de sus obsesiones desde el principio, aun cuando, en mi opinión, fue el logro internacional más importante de Obama. No sería de extrañar, por consiguiente, que Biden tratara de volver a él o de renegociarlo con Teherán y el resto de signatarios. Por parte de los dirigentes europeos no va a haber ningún problema, puesto que las empresas están deseando entrar en el mercado iraní. Tampoco por parte de Hasán Rohani, que lo podría presentar como un logro en los próximos comicios, además de restar argumentos al ala extremista y dura del régimen, encabezada por el propio Líder Supremo, Alí Jamenei.

Aun siendo consciente de la importancia que una colaboración de esta naturaleza tendría para disminuir las tensiones en la región, Biden tendrá que tener en cuenta las presiones de sus aliados, Israel y Arabia. Si bien ha sido Netanyahu quien ha capitalizado la lucha contra dicho arreglo, el ganador de las elecciones de marzo (las cuartas en poco más de dos años) mantendrá una oposición absoluta a un convenio con Irán, por creer que supone un peligro para la propia existencia de Israel. Cuando, hasta la fecha, sólo sabemos de ataques israelíes contra intereses persas en Siria y en Irán, incluyendo el asesinato de varios científicos, como Mohsen Fakhrizadeh, cerebro del programa nuclear iraní. En cuanto a Arabia saudí, Irán es visto como un competidor claro en la zona dentro de esa batalla existente entre el sunismo y el chiísmo, agravado por la guerra de Yemen, donde los rebeldes hutíes, chiítas, tienen el apoyo de Teherán.

Por ende, Biden tendrá que hacer frente a estos impedimentos si quiere apostar por recuperar el antiguo compromiso con Teherán.

La falta de diálogo en la cuestión palestina es otro de los legados de Trump. El “acuerdo del siglo” de su yerno Jared Kushner fue un fiasco que sólo velaba por los intereses de Israel, aspirando a imponer un plan injusto a los palestinos, sin ni siquiera escucharles. De momento, Biden ha ordenado reabrir su sede diplomática en Washington y allegar fondos, con el objeto de retomar las conversaciones con los palestinos para impulsar un proceso de paz basado en la convivencia de los dos estados. Algo no incompatible con las palabras de la nueva embajadora estadounidense ante la ONU, Linda Thomas-Greenfield, en su confirmación ante el Senado: “Israel no tiene mejor aliado en el mundo que EEUU”. Porque, aunque Trump estipuló con Emiratos Árabes Unidos, Sudán y Marruecos el reconocimiento de Israel a cambio de ventajas económicas o territoriales (caso del Sahara a Rabat), para Joe Biden esta política del chantaje ejercida por su antecesor no es válida.

Finalmente, América Latina será otro de los escenarios a considerar. La suspensión del muro con México es un detalle, pero no el único. Está el problema de Venezuela, donde la Casa Blanca sigue reconociendo a Guaidó como presidente encargado, y Cuba, declarado “Estado patrocinador del terrorismo” por Trump pocos días antes de abandonar el poder. En fin, más patatas calientes para Biden. Y ya son demasiadas.

31 de enero de 2021

Publicado en *El Diario Vasco*, 11 de febrero de 2021, p. 27